

Arnau, Juan (2008). *Rendir el sentido. Filosofía y traducción*. Valencia: Pre-Textos, 169 pp.

Ricardo Muñoz
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Esta obra es un ensayo de 169 páginas, inspirado en las lecturas que Arnau hace de textos de Walter Benjamin, Maurice Blanchot y Ludwig Wittgenstein “desde la filosofía continental, el pragmatismo, la filosofía analítica y la crítica literaria” (p.18). El ensayo incluye introducción, epílogo y un índice compuesto de conceptos y autores. La bibliografía, de 106 entradas, contiene algunas referencias a clásicos de los Estudios de Traducción —García Yebra, Jakobson, Ortega y Gasset, Schleiermacher, Steiner y Venuti— aunque los autores más citados son Derrida y Foucault. El texto parece usar también como referentes de importancia a Borges, Whorf y Rorty.

La primera parte, “El laboratorio frente al azar”, se dedica a la naturaleza de la lengua y del significado y denuncia la metafísica del texto como algo estable (donde por texto se debe entender la interpretación del mismo). La segunda parte, “Contrabandos, rumbos y derivas”, desarrolla las analogías del traductor como ser fronterizo que trabaja en una tierra de nadie —en un panorama donde las culturas son espacios contenedores delimitados que contienen lenguas y sujetos— y como contrabandista que subvierte el orden establecido introduciendo en la lengua falsificaciones que hace pasar por originales. La tercera parte, “Negaciones”, considera que las traducciones no propician algunas de las interpretaciones que sí posibilita el original y que, al mismo tiempo, contribuyen a revelar puntos o cuestiones no planteadas por el original. El último capítulo, “Apariciones”, se centra en las adiciones que, en opinión de Arnau, desbordan las intenciones del autor del original.

Rendir el sentido está notoriamente bien escrito. No obstante, el desarrollo del texto parece obedecer a patrones retóricos circulares más habituales en otras tradiciones literarias, como la india, de la que Arnau es especialista. Esta circularidad lleva al autor a caer a menudo en contradicciones, al menos aparentes. Así, por ejemplo, reconoce correctamente que “Hemos pasado de creer en el texto como algo estable, dotado de significado, a la idea del texto como productor de significados” (pp.122-123), para sostener en otras partes la antigua postura contraria que reifica un significado trascendente: “La traducción parte de un supuesto: el texto es una forma que envuelve un contenido; y de una lógica: los procedimientos para sustituir esa envoltura por otra” (p.20); “Tanto en el comentario crítico de la filosofía como en la traducción de un texto a otra lengua, la originalidad estriba en ver transfigurados esos textos (el filosófico y el traducido), de modo que aparezcan bajo un aspecto fascinante y nuevo” (p.141). Otro ejemplo: Por un lado, la traducción “[...] vive gracias a la confusión de las lenguas y el esfuerzo teórico por delimitarla y definirla responde a la misma obsesión que ha perseguido la utopía de la lengua perfecta” (p.18) mientras, por otro, “El acto mismo de traducir pone de manifiesto el juego de intercambios y sustituciones que supone toda lengua” (p.99) y “La riqueza de una lengua es función de su contacto con las demás, y ese contacto se realiza fundamentalmente a través

de la traducción” (p.21). A lo anterior se añade que este ensayo abusa de recursos retóricos y oposiciones maniqueas, como ilustra el siguiente ejemplo:

El temor de las tradiciones religiosas hacia la traducción de sus textos sagrados expresa esa desconfianza y participa de ese juego ambiguo entre el secreto (el original) y su divulgación (su traducción). La llave y el anzuelo. Tanto la doctrina religiosa como la científica vincula a los individuos a ciertos tipos de enunciados, siendo la causa y el efecto de esa identidad la prohibición de cualquier otro enunciado (Foucault 1999c). Se trata de una relación recíproca que por un lado vincula (divulga) y por el otro segrega (secreta). Vincula a los individuos bajo el caparazón de una misma práctica discursiva (el anzuelo que los pesca) al tiempo que los diferencia de otras comunidades de conocimiento (la llave que guarda el secreto). El anzuelo crea la identidad, la llave la protege (p. 144).

En este párrafo hallamos una personificación (tradiciones religiosas); una dicotomía (original = secreto; traducción = divulgación) errónea, pues presupone que los textos sagrados son siempre secretos en la lengua original y que su traducción siempre los desvela; dos metáforas yuxtapuestas (la llave y el anzuelo), tan infelices que el autor se ve en la necesidad de explicarlas, y una asociación a todas luces disparatada (secreto – secretar). Si bien el uso de metáforas y analogías en textos no literarios, muy documentado, contribuye positivamente a crear y difundir el conocimiento, el abuso de estos recursos concatenados no hace sino dificultar, cuando no impedir, la comprensión del texto. La acuñación de conceptos tan originales como dudosos, tales como palabras *probeta* (pp.31-37), *palabras sujetas* y *errantes* (pp.73-75) y un uso sistemático de la metáfora del conducto no consiguen sino agravar los problemas anteriores, de tal modo que Arnau consigue entablar un diálogo de sordos con el estado de la cuestión en los Estudios de Traducción, en un ejercicio de solipsismo epistémico que el propio autor denuncia como mal que aqueja a las disciplinas de conocimiento cuando intentan establecer puentes entre sí (p.42).

El ensayo en conjunto parece una colección de greguerías y se lee mejor como párrafos sueltos, donde los estudiosos de la traducción podrán hallar sugerentes comentarios, por ejemplo, sobre las metáforas en la traducción (pp. 22-24), la dicotomía cuerpo-mente y los límites de ambos conceptos (pp. 29-30), junto con una defensa de la desverbalización (pp.125-126; cf. también p.65: “La comprensión es la abolición misma de las palabras”) y un rosario de clichés y lugares comunes de la literatura comparada, como la traducción como resultado de un enfrentamiento cultural (p.122), o el traductor como agente subversivo del orden constituido (p.77).

En resumen, el texto aborda las relaciones entre lengua y pensamiento, el papel del traductor y las diferencias entre textos originales y traducciones. Un ejercicio interesante de reflexión, probablemente inspirado por la propia experiencia de traducir filosofía sánscrita y posiblemente de interés para teóricos de la literatura y estudiosos de la literatura comparada aunque nada nuevo, ni en el tema ni en sus contribuciones, para los Estudios de Traducción.